

AUGUSTO D'HALMAR EN MADRID. SUS COLUMNAS
EN EL PERIÓDICO *INFORMACIONES* *

*AUGUSTO D'HALMAR IN MADRID. HIS ARTICLES
IN THE NEWSPAPER INFORMACIONES*

Jaime Galgani

Universidad Católica Silva Henríquez
jgalganim@ucsh.cl

RESUMEN

Este artículo aborda el período en que Augusto D'Halmar vivió en Madrid (1918-1934) y las columnas que escribió en el diario *Informaciones*, entre 1926 y 1930. Como este material no se ha reeditado, se intenta describir, en aspectos generales, los contenidos que aborda, sugiriendo algunas claves de lectura. Se plantea como hipótesis de trabajo que el escritor chileno, profundamente arraigado en la cultura española, delinea en sus páginas un ideario humanista que viene críticamente al encuentro de las grandes problemáticas de su época.

PALABRAS CLAVE: Augusto D'Halmar, *Informaciones*, hispanismo, modernidad.

ABSTRACT

This article alludes to the period in which Augusto D'Halmar lived in Madrid (1918-1934) and the articles he wrote in the newspaper *Informaciones*, between 1926-1930. As this material is unpublished, an attempt is made to describe, in general terms, the contents mentioned, suggesting some reading clues. The initial hypothesis of this work claims that the Chilean writer, deeply rooted in the Spanish culture, outlines in this pages a humanistic ideology that comes critically to meet the big difficulties of his era.

KEY WORDS: *Augusto D'Halmar, Informaciones, Hispanism, Modernity.*

Recibido: 7/5/2011 Aceptado: 15/9/2011

* Artículo vinculado a la investigación realizada por el profesor Jaime Galgani en el proyecto que preside: iniciación FONDECYT n°11090054, "Literatura chilena y proyecto cultural en revistas de inicio del siglo XX".

INTRODUCCIÓN

Como producto de la investigación relacionada con revistas literarias y culturales de la primera década del siglo XX, ha sido publicado un artículo titulado “Revista *Instantáneas de luz i sombra* en la historia de la crítica literaria chilena”¹. En dicho artículo se concluye, entre otras cosas, que uno de los más importantes antecedentes en la historia de la crítica literaria en Chile es el rol que desempeñó el escritor Augusto Thomson (Augusto D’Halmar) en diversas publicaciones de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Relacionado con dicha investigación, el autor de este artículo recopiló en la Biblioteca Nacional de España 159 columnas escritas por D’Halmar dos décadas y media más tarde. Es interesante ver cómo, en continuidad con otras publicaciones en la misma línea, y en otros periódicos, el autor de *Juana Lucero* desarrolló una interesante y fecunda actividad crítica orientada a los más diversos frentes de interés: arte, literatura, cine, teatro, actualidad, política, etc.

El presente artículo tiene como objetivo presentar dicho trabajo, después de haber hecho una selección antológica de 54 columnas, las cuales tienen la característica de sumar a su calidad literaria el tratamiento de distintos temas que pueden dar luz sobre los intereses que movían al primer Premio Nacional de Literatura chileno y sobre sus preocupaciones inmediatas durante su larga estadía en España.

D’HALMAR, CIUDADANO MADRILEÑO

El período en que D’Halmar escribe en *Informaciones* abarca los años 1926 a 1931, etapa ya avanzada de su estancia en España, país que lo acogió aproximadamente durante quince años de su vida (1918-1934), es decir, entre los treinta y siete y los cincuenta y dos años de edad. Un escritor ya maduro, un hombre solitario, de vuelta de varios éxitos y fracasos y de muchos viajes por el mundo, conocedor de sus propias limitaciones y posibilidades, necesitado del sustento cotidiano y sabedor de que no bastaban para ello sus libros, continúa con una práctica escritural —es decir, el diarismo— que había iniciado desde muy joven (a los quince años), en los periódicos *La Ley* y *La Tarde*, y que había continuado en variados medios, destacándose, entre ellos, *Instantáneas*, *El Mercurio*, *Zig-Zag*, *La Nación*, y otros. Se podría decir que su fecundidad como columnista sólo es igualable a la que tuvo como narrador.

Ciertamente, España es la patria *verdadera* de D’Halmar. Con respecto a Chile, como sucedió con otros escritores, tuvo sentimientos encontrados. Motivos personales y literarios no hicieron que aquí se sintiera totalmente a gusto. Pensó en Oriente como un destino donde habría de sentirse bien. Hacia allí había partido en 1907, contando

¹ Publicado por Jaime Galgani en *Acta Literaria*, primer semestre de 2011.

entonces con veinticinco años de edad y con un nombramiento consular en Calcuta. Sin embargo, la extrañeza del clima, la enfermedad y otros azares terminaron por hacerlo volver a Occidente. Su trabajo consular lo trajo a Etén, pequeña localidad peruana, a vivir durante ocho años que fueron como un destierro para él, una etapa de maduración silenciosa y casi monástica, donde –retirado totalmente– conoció y mordió el polvo físico del desierto nortino, la indiferencia y el odio post Guerra del Pacífico que los peruanos tenían hacia los chilenos, y las arenas movedizas de su propia interioridad, trajinada entonces por un secreto dolor que encuentra su explicación en una intimidad marcada por la muerte, la imposibilidad del amor, su todavía no aceptada homosexualidad y el tedio de una vida que difería significativamente de sus recientes años de agitación y de actividad pública. Hacia el año 1916, vuelve a Europa, donde trabaja como corresponsal de guerra para el diario *La Nación*, de Buenos Aires, situado en París, habitando a orillas del Sena durante un par de años. Finalmente, por motivos que se ignoran, dejó París para establecerse por un tiempo prolongado en España. Hacia fines de 1926, que es cuando comienza la publicación de sus crónicas en el periódico *Informaciones*, ya su afianzamiento en la Península era tal que, sin duda, se podría decir que dichas columnas, cuando tocan la vida española, ya no lo hacen con la superficialidad del turista, sino con la profundidad de quien se siente legítimamente español, adoptado, no por ley civil, sino por otra ley explicada por dinamismos más complejos, y que tienen que ver con una cierta sintonía de clima, de espíritu y de ánimo.

En España (la España de la dictadura de Primo de Rivera), Augusto D'Halmar no tuvo el reconocimiento, la fama y la consiguiente influencia que sí parecieron tener personalidades como Neruda, Huidobro, e incluso Edwards Bello. Sin embargo, su presencia tampoco pasó inadvertida. Durante su primer invierno madrileño, según Juana Martínez, coincidieron D'Halmar y García Lorca, como recién llegados a la capital peninsular:

[...] la relación entre ambos fue intensa y continuada. Se encontraban asiduamente en un salón del Teatro Eslava con otros amigos del mundo teatral, como el autor Gregorio Martínez Sierra y la actriz Catalana Bárcena, y los escritores de memoria inseparable Vidal y Planas y Antón de Olmet. A la salida, D'Halmar acompaña a Federico hasta la Residencia (de Estudiantes) paseando al frío del Paseo de la Castellana (47).

Junto a la vida cultural que lleva en contacto con artistas, publica varias de sus obras, destacando *La sombra del humo en el espejo* y *Pasión y muerte del cura Deusto*. En 1922, pronuncia tres conferencias consecutivas en El Ateneo, “uno de los santuarios de la cultura de entonces” (Martínez 50). Tanto en el Ateneo como en sus diversas participaciones culturales y en sus escritos, D'Halmar se muestra lejano al autor –que parecía ser naturalista– de *Juana Lucero*. Sus temáticas literarias y sus exposiciones tenían como norte principal el exotismo, el orientalismo, su admiración a los grandes

escritores europeos, y, entreverada en sus narraciones, una cuestión que, con el tiempo, llegó a tener importancia capital como clave interpretativa de sus narraciones; a saber: el tratamiento del homoerotismo que, con un tono a veces wildeano, a veces lotiano, aparece una y otra vez en sus textos.

A partir de 1926-comienza a publicar en *Informaciones*. Su primera crónica está fechada el 24 de diciembre y la última, el 21 de febrero de 1931. Emblemáticamente, casi como un bosquejo de lo que era ya su proyecto de lectura y de escritura, la primera columna está dedicada a Oscar Wilde, de quien dice que era

encarnación de la cultura de su época, rey en el magnífico mundo irreal del Arte y rey también de la Vida. El que hizo de la estética una filosofía y de la filosofía una estética; el que enseñó a sus compañeros a pensar de otra forma y dio otro color a las cosas. (“El aniversario de Oscar Wilde”, 26 de diciembre de 1926).

En una España tan “española”, y en un Madrid tan “madrileño”, todavía mamando intensamente de las preocupaciones unamunianas, de la pintura narrativa de Galdós y de Baroja, de las ingentes descripciones castellanas de Azorín, de la machadiana exaltación de los Campos de Castilla, del folklorismo lírico del mismo García Lorca, D’Halmar, no ajeno a ese mundo que respeta y ama sin duda, y que destaca considerablemente, se presenta como un hombre de letras universal. De esto darán cuenta, en sus columnas, como lo veremos más adelante, sus preocupaciones literarias y culturales.

La imagen que D’Halmar proyecta entre los que lo conocen durante esa época media entre la de un hombre cordial, atractivo y culto, por un lado, y enigmático, por otro. Así, por ejemplo, lo describe César González Ruano:

Augusto D’Halmar era un tipo muy impresionante, alto y distinguido, de pelo blanco y aire un tanto diabólico. Lleva con él a todas partes un muchacho que era su amigo y con el que decía estar tan identificado que cuando le dolía la cabeza mandaba al muchacho que se tomara la aspirina (Citado por Martínez 56).

En Chile, se sabe del D’Halmar madrileño gracias a Joaquín Edwards Bello, quien lo ve como un “pequeño soñador desencantado”:

Grande debía de ser la sintonía de Edwards Bello con D’Halmar, cuando esta misma figura marina de ojos “claros, llenos de cielo y mares” con su pipa de espuma y su capa española aparece como personaje –sin duda inspirado en su amigo, viajero y cosmopolita, D’Halmar– de su novela *El chileno en Madrid* [de Joaquín Edwards Bello]: un escritor chileno, Lindstrom, de ascendencia nórdica pero muy arraigado en Madrid, con el que el protagonista, proyección de Edwards, comparte experiencias e ideales. El narrador se refiere a ellos como “exchilenos” y “malos chilenos, porque parecen más españoles que los mismos españoles”. Son en verdad “chilenos españolizados”, identificados especialmente

con el pueblo madrileño, que profesan una peculiar forma de cosmopolitismo, “satisfechos sin patria”, para los que “su desarraigo es la mayor voluptuosidad”. El narrador profetizaba que este personaje, Lindstrom, estaba tan identificado con el pueblo español que “vivirá hasta el fin, hasta que le lleve la desnarigada, en su *Madrid*”. A D'Halmar, sin embargo, los prolegómenos de la Guerra Civil lo devolvieron a Chile (Martínez 51).

Pero, antes de devolverlo, todavía tuvo tiempo para ganar, en 1930, con su cuento “En provincia”, el concurso literario de la revista *Estampa*; siguió visitando diversos rincones de la Península, tuvo contacto con los hermanos Machado, publicó otros trabajos y una serie de actividades que darían motivo para realizar una investigación más detallada sobre sus años españoles.

El balance que el escritor chileno realiza de aquel período es presentado por Enrique Espinoza en su *Antología de Augusto D'Halmar*. En sus palabras, es posible advertir que España fue para él –más que una casa para vivir y un pan para comer– un aire para respirar, un espacio para sentirse a gusto consigo mismo:

Y yo que, menos previsora que las bestias y hasta las alimañas, no tenía ni una madriguera que pudiera llamarse hogar, ni un simple agujero que me sirviera de patria, yo a quien no esperaba nadie en ninguna parte y que no poseía sino el mundo y toda la vida, el pabellón unitario de los cielos y la desolada libertad de ser un hombre de doquiera, deseé limitarme, recluírme casi en algún punto que me fuera propicio. Había aprendido a mis expensas, bajo el terrible sol de la India, que el clima es la primera condición de nuestro bienestar, y durante la guerra, intruso, advenedizo, y casi sospechoso entre los beligerantes, supe, a costa mía, que el clima moral no era menos indispensable que el físico. Entonces pensé en España.

Y si no he triunfado en España ni intelectual ni materialmente, si hasta le debo como un favor más el no haberme dispensado trato de favor, moralmente me he rehecho o, por ser más exacto, me he puesto en paz conmigo.

Gran etapa ésta que me ayudará a franquear España, ya que la mayor distancia va de uno mismo a uno mismo (Espinoza 22).

Tanta era su identificación afectiva con la Península que incluso llegó a alterar su propia biografía proclamándose como español. Así, por ejemplo, el 6 septiembre de 1930, tras obtener su premio en la revista *Estampa*, concedió una entrevista a Antonio Guardiola, de *Cromos*, Bogotá. En ella, Guardiola lo presenta como una revelación de las letras hispanas:

D'Halmar no ha pretendido, no se ha esforzado nunca por brillar. A pesar de ser un autor de numerosas novelas, muchas de ellas traducidas a varios idiomas,

Augusto D’Halmar continuaba siendo un desconocido para el gran público. La revelación, la verdadera revelación de su personalidad recia e inimitable de escritor de fibra, de recia estirpe castellana, ha tenido lugar hace un par de meses, al fallarse el concurso de cuentos de la gran revista madrileña *Estampa*.

Se podría entender que, cuando el cronista habla de la “estirpe castellana”, está refiriéndose a la adoptiva y casi camaleónica identidad d’halmariana. Sin embargo, sorprende la autobiografía que el escritor chileno presenta ante su interlocutor:

-Nací en Sevilla, el año 1882, pero...

-¿En Sevilla? –le interrumpimos-. ¡Bien se ve que lleva usted sangre española de pura raza!

-No lo crea usted, –nos interrumpe a su vez-. Mis antepasados eran escandinavos, nada menos.

-¿Cómo?

-Sí, señor. Pasé en España los primeros años, pero luego mi familia me llevó a Chile, y en Chile se formó mi alma y aprendí a amar a España al mismo tiempo que aquellas hermosas tierras, sus hijas predilectas.

D’Halmar acostumbraba utilizar licencias al hablar de sí mismo, de sus amistades y de sus viajes. Sin embargo, parece haber superado el límite al presentarse como nacido en Sevilla, descendiente de escandinavos e hijo de una familia aparentemente bien formada (no hijo de un marino francés que nunca llegó a conocer). Dueño de su vida, se siente con el derecho de rehacer su biografía a “contra imagen y semejanza” de su verdadera historia. Y, si nadie puede negarle el derecho a haber sustituido su apellido original (Thomson) por su seudónimo, D’Halmar, ¿quién podría escatimar su derecho a reinventar su genealogía e incluso su lugar de nacimiento? Con este gesto, reafirma su amor por España, al mismo tiempo que no renuncia al cosmopolitismo de que hacía gala.

Quince años en España son suficientes para comprender que allí vivió su maduración literaria y humana el primer Premio Nacional de Literatura. Sus columnas, escritas en la tardía segunda etapa de su estadía en la Península, cumplen con ofrecer una visión que supera el apresurado registro del turista y que, a mayor abundamiento, permiten acceder a la mirada que tiene del país de las tres culturas un hombre que –viajero errante– lo había visto todo.

EL PERIÓDICO *INFORMACIONES*

Son pocos los datos que se pueden recabar acerca de *Informaciones*. Lo más importante está contenido en el tomo 3 de la *Historia del periodismo en España*, de María Cruz Seoane, publicado entre 1996 y 1998. Allí se dice que fue un periódico español de orígenes conservadores que inició su publicación el año 1922. No obstante, su evolución posterior facilitó que, en el último período de la vida de Francisco Franco, diera cabida a voces disidentes al sistema, constituyéndose en un órgano comunicacional que cumplió un rol difícil de evaluar desde acá, pero ciertamente real, en la transición española de los años '70.

Sobre la línea editorial acomodaticia en torno a la contingencia política española, durante la época en que D'Halmar escribió, son claves las palabras de Juan Sarradell, director del periódico hacia 1928:

[La Dictadura] es un fenómeno político como tantos otros, por lo que estimamos exagerados, por no decir incomprensibles, los aspavientos de algunos frente a su realidad. La dictadura debe evitarse, ciertamente. Pero una vez que las circunstancias hacen que surja, no hay sino admitirla con todas sus secuelas [...] La prensa, como reflejo de los estados de opinión, me parece admirable: como creadora de ellos, me parece excesiva. [...] Hoy somos monárquicos, porque España mantiene una monarquía: si la derrocara mañana, instituyendo en su lugar una república, seríamos republicanos automáticamente (Citado en Seoane 426).

En estas líneas, Sarradell atribuía a la prensa una función espejo con respecto a la realidad. Y, en este sentido, el periódico que dirige, haciendo gala de su nombre, ha de cumplir precisamente con ser un órgano meramente informativo y no transformador de la sociedad. A pesar de ello, como se puede colegir por las crónicas del mismo D'Halmar, es posible afirmar que se admitían, al interior de él, algunas voces críticas que, sin duda, solamente surtirían algún efecto en un público intelectual que ya vería cómo su visión de la realidad no prometía más que quedar reflejada en la escritura.

En 1931, cambió la dirección de *Informaciones*, siendo tutelada por Juan Pujol, quien, a cambio de alguna remuneración mensual, pasó a tener características que más tarde defenderían la causa nazi, llegando a publicar, incluso, a página completa, una fotografía de Hitler, cuando se dio la noticia de su muerte. Ese acontecimiento se transformó en un momento emblemático de la historia periodística española y marcó el historial del periódico².

² *Informaciones* continuó experimentado sus avatares. En 1956, fue adquirido por la empresa Bilbao Editorial y, en 1967, pasó a depender de la Unión Democrática Española. Entre los nuevos miembros del equipo editorial, figura el nombre de Juan Luis Cebrián, uno de los profesionales que contribuyó a la transformación del periodismo hispánico y que, pos-

También en 1931, proclamada la Segunda República, y debido a las nuevas situaciones que comenzaba a vivir España, el presupuesto editorial destinó fondos a quehaceres más contingentes y se cambió de periodistas y columnistas. Fue ese el momento en que D'Halmar dejó de publicar en ese medio. De hecho, sus columnas ya eran mucho menos frecuentes que en los primeros años.

EL APORTE ESCRITURAL DE D'HALMAR EN SUS COLUMNAS: TEMAS Y PREOCUPACIONES

¿Quién era, en ese contexto, Augusto D'Halmar? ¿Qué lugar y qué poder tenía la voz de un escritor que, sin duda, ya se había incorporado a la escena cultural madrileña, pero que no había logrado un lugar protagónico en ella? Según Juana Martínez, “[s]u fama crece a partir de 1926, cuando empieza a publicar periódicamente en el diario *Informaciones* de Madrid” (54). Y que se lo consideraba un colaborador de importancia lo refrenda el hecho de que normalmente sus columnas iban en la portada que, a la vez, era la primera página del diario.

Sin embargo, a mi entender, no se puede dar más importancia a las crónicas d'halmarianas que la que se puede otorgar al escritor o al hombre de letras en el siglo XX ya avanzado que era el de los años '20 en Europa, es decir, el lugar de un desplazado. Su aporte no puede ser valorado más que como la visión de un hombre culto, cosmopolita, interesado en los más varios asuntos de la vida diaria, científica, artística y cultural, pero no mucho más que eso. Él ofrece una visión del mundo y de España, necesaria sin duda, para una cultura que quiere conocerse un poco más y que necesita reevaluar las distintas dimensiones que ya fueron puestas a prueba con la crisis del '98. D'Halmar, venido de afuera, permite a las diferentes Españas que configuraban el mapa multicultural de su historia reflexionar sobre su identidad, sus monumentos, su pasado, su presente, su entorno y, sobre todo, ese otro mundo de afuera, que era Europa y el resto del mundo, recién conocido en muchos aspectos por una nación que había vivido, prácticamente desde la victoria hegemónica de los Reyes Católicos en 1492, de espaldas a la aventura universal.

No se tienen noticias acerca de la recepción que estas columnas tuvieron en Madrid o en cualquier otra parte. De pronto, aparecen ahí como documentos aislados que nadie citó en algún texto y que parecieran no haber servido a ninguna reflexión o

teriormente, estuvo a la cabeza del actual diario *El País*. A partir de entonces, *Informaciones* cumple [cumplió] un rol pionero en economía, cultura, periodismo de investigación y política. Su debilitamiento empresarial comenzó hacia 1976, debido a la partida de sus principales periodistas hacia el diario *El País*. Tras algunos intentos de sobrevivencia, finalmente dejó de publicar en 1983.

discusión. De algún modo, corren la suerte solitaria que tuvo toda la obra de su autor y comparten con él una característica tan hispánica como la de haber sido una empresa quijotesca que, amén de haber servido al salario cotidiano del hermano errante, fueron pronunciadas en su momento, leídas por algún lector anónimo y silencioso, y fondeadas en las hemerotecas de las bibliotecas madrileñas, sujetas al arbitrio del olvido o al interés académico posterior.

Revisar el contenido de estas columnas, ochenta años después, responde, sin duda, al recuperado interés en la obra de D'Halmar, quien, en este material, ofrece una mirada particular de un mundo que parece haber muerto pero que da explicaciones a las muchas cuestiones vigentes en la España de nuestros días, sobre todo a la España que viene siendo revisitada desde un nuevo enfoque relacional tras los acontecimientos más relevantes del siglo pasado; en particular, desde la Guerra Civil en adelante. Interesan, entre muchos otros aspectos, el diálogo entre las culturas cristiana y musulmana; el horizonte literario abierto al exotismo oriental y a ese otro exotismo que incursiona en la existencia y presencia de lo otro, olvidado y popular, perseverantemente vital bajo las capas de la misma España que, bajo el estandarte de la hegemonía cristiana, intentó aplacar durante una larga época con la convicción de estar llamada a ser la reserva de la ortodoxia católica en Occidente; la preocupación por relevar, sobre la escena literaria española, la valía de escritores como Ibsen, Andersen, Wilde, quienes auguraban en la mirada profética de D'Halmar todo un porvenir para las letras universales; la lectura de los hechos cotidianos, a veces nimios e insignificantes, desde una perspectiva que siempre es capaz de incardinarse en un proceso de búsquedas eternas; la valoración ética de los grandes afanes humanos que se sintetizan en la vida y la muerte, y que se expresan en la experiencia del dolor, de la alegría, de la fama, del hambre, de la soledad, de la pobreza, del olvido. D'Halmar se nos muestra, así, como un visionario que recoge los mil rostros de la vida cotidiana y es capaz de hacer, con ellos, un mapa de las alegrías y las tristezas humanas, un mosaico donde figura la tentativa humana por dar sentido a la existencia y que acaba inevitablemente en el gesto fracasado y final de la muerte.

Estas columnas son un testimonio que habla de aquella época en que varios intelectuales y artistas connacionales entraron en contacto con el mundo español por primera vez -se diría- ya no como hijos de la "madre patria", sino como hermanos de una generación literaria y cultural que experimentaba las vicisitudes de España con preocupación y humildad, a la vez que con la esperanzada ilusión de que un nuevo horizonte se abría para una nación que no acababa de definir los exactos matices de su identidad. El estilo de su autor, abundante en referencias históricas, geográficas, culturales, artísticas, etc., habla por sí mismo de una voz culta, embebida de abundantes noticias acerca del mundo que quiere comunicar. Domina en ellas el interés por la cultura europea y oriental; pocas referencias se encuentran con respecto al mundo americano, y menos a los países de América del Sur; Chile es mencionado apenas

anecdóticamente. El sujeto enunciador, así, se ubica como un ciudadano europeo que conoce su mundo mucho mejor que la población nativa de formación cultural media. Su posición crítica no deja de estar presente para cada una de las realidades que describe o analiza, aunque ella a menudo presenta una cierta vectorización que tiene distintas direcciones: desde occidente hacia oriente, desde el presente al pasado, desde Europa a los Estados Unidos, desde la estética hispano-árabe a la estética hispano-cristiana, desde la escritura al cine, desde la ciudad capital a la provincia, desde la Modernidad a “los tiempos antiguos”, desde las culturas clásicas o primitivas a la cultura urbana de los años '20 en Europa, etc. Son muchas las angulaturas visibles en su producción crítica y es necesario descubrirlas en cada columna, lo cual en algún momento pudiera hacernos entrar en la sospecha de eventuales contradicciones. No se le puede exigir una coherencia plena, sobre todo si se considera que las circunstancias que motivaron la escritura de estos artículos, en un período de años, también cambiaron, y D'Halmar, protagonista de muchas más contradicciones en su vida, tampoco tenía temores frente a sus propios cambios de opinión.

Sin embargo, no deja de observarse una línea clara en el autor, que consiste en un posicionamiento crítico frente a la modernidad y a sus novedades. Por lo visto, desde su independencia relativa, se siente cómodo para denunciar las barbaridades (así las juzga) que le toca presenciar, leer o escuchar: la barbaridad de la [Gran G]uerra, en primer lugar, a la que había asistido como corresponsal en Francia; la novedad de la aparición del cine, el que, respondiendo al advenimiento de las masas al consumo cultural, parece destronar hábitos más austeros pero más duraderos y formadores para la lectura; la barbaridad de la eliminación de los últimos vestigios de culturas milenarias; la del orgullo vano de personalidades bajo el título de una fama pasajera y la consecuente desvaloración del verdadero genio; la de la prepotencia y las prácticas que ya habían dado fama a los Estados Unidos, una nación que él considera infantil; la de una Europa que ve cómo, en su propio seno, muchos niños han de nacer destinados a morir sin que nadie haga algo por evitarlo. D'Halmar ve desmoronarse un mundo a su alrededor y siente que poco o nada se puede hacer frente a los oficiantes de la nueva cultura, frente a su pragmatismo, su indolencia, su falta de respeto por la vida humana, y su posicionamiento público que, transando con los peores vicios y con no mejores mediadores y socios, peca no sólo de antiética, sino también de antiestética. Es posible barruntar, entonces, en su propuesta, un ideario moral que, atendiendo a su formación clásica, aún los trascendentales de la Belleza, la Bondad y la Verdad. El pragmatismo moderno le parece a menudo falso, feo y perverso. Valora la consistencia de un equilibrio que, lo mismo para construir ciudades y naciones como historias personales, no renuncia a ninguno de esos valores en función de los demás, situándose como testigo de una historia, y que, por estar en confrontación permanente con el proyecto moderno, se constituye en un crítico moderno, es decir, uno que, moviéndose como hombre de su tiempo, denuncia su futilidad y su engaño. Se advierte, a poco

andar, la autoconciencia de la irrelevancia de su ejercicio, pero también la necesidad del mismo, como la que siente un profeta que predica en el desierto.

Aunada a esta visión crítica, atraviesa sus crónicas una pertinaz alusión a la muerte. Recurriendo a una práctica que mucho se parece a la *meditatio mortis* que recomendaban los filósofos, postula la doctrina del Fatalismo, vinculada con algunas variantes al Estoicismo, con sus afinidades con las doctrinas orientales y con el cristianismo evangélico que reconoce como su principal raíz doctrinal. Quizás con su columna titulada “La puerta hermética”, citando a Marco Aurelio, es donde llega a la máxima explicitación de su teoría sobre la muerte: “pasar ese íntimo trance conforme a la naturaleza y concluir con serenidad, como una aceituna madura que cayera bendiciendo la tierra que la ha nutrido y dando gracias al olivo que la ha sobrellevado”. D’Halmar declara como necesaria la conciencia de esa inminencia que es la disolución del cuerpo, meditando sobre ella sin temerla, pero también sin ignorarla. De esa meditación surgirá como necesario el deseo que anima a Felipe II cuando, manifestando que ha pedido que todos los suyos vean su agonía, dice: “he querido que veáis en qué para todo”. Así, finalizando D’Halmar su crónica sobre el Monasterio El Escorial (“El monje y el monasterio”), concluye que “a ninguna revolución social, hoy en día, le conv[iene] remover ya esos elocuentes despojos, de los cuales se desprende la lección de las lecciones: ‘Sit transit gloria mundi’ . Lo mismo los poderosos que los humildes necesitan aprenderla y repetírsela para corregirse o confortarse”. La muerte es lección de justicia para ricos y pobres; igualadora en su fin (como lo explica el tópico medieval), da sentido y proporciona cualquier empresa humana. Si hay despropósitos en la vida del ser humano, es por olvidar que, a la vuelta de cualquier esquina, está esperando la muerte con su guadaña de siempre y con su reloj de arena, figura del tiempo que, como buen humorista que es, gusta de hacer piruetas con los seres humanos.

Así, pues, siguiendo la línea de lectura que ofrece esta visión sobre la muerte, es posible leer varias de las crónicas seleccionadas. “El hombre de mar”, que ha escogido morir en medio del océano, que es en definitiva con el único que se ha desposado; Oscar Wilde muriendo en la más dura abyección y constituyéndose en prueba de lealtad para los que se decían sus amigos, para su nación y para toda una cultura; Colette, que retirada en su casa de campo, ve venir el manto de la vejez sobre una vida que había florecido en gracia y en fama; la muerte de los niños; la muerte de los soldados y aquella que parece muerte en vida de los mutilados de guerra; la misma de Felipe II, y la de muchos otros que aparecen en este columnario como definitivas imágenes que señalan el destino de todo ser humano. Muertes violentas, muertes sorpresivas, muertes anónimas, muertes en el lecho o en el campo de batalla. Estas páginas son un muestrario de muertes y el relato de preocupaciones que se adivinan siempre transitorias o distractoras, dibujadas sobre ese escenario de fondo donde no se adivina sino el misterio de una “puerta hermética” tras la cual nadie puede asegurar lo que hay.

Sin embargo, hay una trascendencia en el hombre, y una libertad que otorga sentido a sus acciones, la que se adivina por su capacidad de respuestas tan divergentes. Es una creencia casi pascaliana en el misterio de un ser que pertenece a la naturaleza y que, no siendo más fuerte que cualquiera de sus otros elementos, se sitúa frente al mundo como un ser que piensa. No hay en estas columnas una renuncia a la grandeza del hombre. No hay una rebelión contra dioses o demonios. Hay una constatación del misterio, y, más acá de una elaboración teológica, hay una propuesta de narrativas existenciales que bien podrían ser resumidas con el pensamiento de Pascal: “el hombre no es más que una caña... pero una caña que piensa”, referencia necesaria para leer, por ejemplo, algunos fragmentos de la columna “El último paseo de Goya en Burdeos”:

Iba oscureciendo. Don Francisco se despidió de esa corriente de agua que incesantemente llevaba hacia el mar sus tardas y tardías divagaciones y abrazó con los ojos el ámbito amado del cielo, que, ése sí, se albergaba en su pecho. ¡Poca cosa el hombre; pero inestimable la pequeña partícula que destella e irradia en el fondo de su ser y que nada, ni la muerte ni la nada, conseguirá extinguir! (26 de abril de 1928).

Son frecuentes estos encuentros que los personajes escogidos por D’Halmar tienen con la muerte. Aparecen como la necesidad que todo hombre tiene de hacer una síntesis de su vida antes de partir. Así, por ejemplo, la columna dedicada a Colette, la escritora conocida no sólo por sus obras sino también por su turbulenta vida, concluye con la revelación que tienen, de cuando en cuando, algunas personas privilegiadas por la oportunidad de adquirir conciencia de la exacta medida de su existencia:

Y el desafío orgulloso de una existencia triunfante se resume en la humilde seriedad con que los ojos de Colette atisban las primeras sombras y las primeras luces... (2 de noviembre de 1928).

Sobre este ritmo fuerte que impone el tema de la muerte, se advierte otro horizonte temático y que es la cuestión religiosa en D’Halmar. En efecto, su acercamiento a dicho asunto viene de sus primeras obras y, apurándonos un poco, habría que decir que las alcanza a todas. En *Juana Lucero* (1902), está la pregunta por un Dios que parece callar ante la injusticia de una sociedad que produce —a lo Zola— verdaderas excrescencias humanas, para servirse después de ellas mismas. En *La lámpara en el molino* (1906), se presenta ese descenso a los más recónditos misterios humanos que hablan de una ley sobrenatural que viene o del cielo o del infierno pero que termina guiando, entre tinieblas, la vida de los hombres. En *La sombra del humo en el espejo* (1918) y en otros relatos, La Esfinge egipcia interroga con su mirada. En *Pasión y muerte del cura Deusto* (1924), se presenta la confrontación entre la ley moral católica y la ley del deseo que oprime la subjetividad de un sacerdote atraído fuertemente por

un joven que lo seduce. Los personajes de D'Halmar son sujetos atribulados por un designio que se les oculta y que, de algún modo, no dejan de preguntarse.

En estas columnas, es D'Halmar mismo quien formaliza su postura frente a diversas creencias. Más dócil que sus personajes, se lo ve simpatizando con un cristianismo que no termina de ser propio y que, alejado de toda adscripción confesional, se hace consonante con la imagen evangélica de una fe personal y espontánea. Sorprende, por ejemplo, la amplia confesión que hace en su columna sobre Toledo.

La primera vez que yo sentí pesar su sombra ancestral sobre mi furtiva apariencia experimenté el profundo deseo de echar raíces a sus pies. Envidié la suerte de los hombres nacidos junto a ella, de otros hombres muertos junto a ella; la apacible existencia de todos aquellos que no vieron otro horizonte que los cigarrales circunvecinos. No sé qué lejano y casi perdido atavismo parecía volverme, como hijo pródigo, al solar de la raza. Hubiera querido que su altísima lengua de bronce hubiera señalado el día de mi bautizo cristiano, y el de mi cristiana muerte. Y que entre el uno y la otra toda mi existencia no hubiera estado jalonada sino por sus dobles o repiques. En ninguna parte como allí yo añoraba la suerte vegetativa, pero fecunda, de esos como árboles que son las vidas contemplativas. Yo había disipado, en cambio, a los cuatro vientos y hacia los cuatro puntos cardinales mi tesoro de semillas. Y cansado, desencantado y estéril un día de este puñado de días que nos es dado vivir, venía a reposarme, como un peregrino extraviado, al amparo tutelar del inmóvil santuario, a las puertas de esa casa de oración donde miles de semejantes habían traído sus humildes quebrantos o sus supremos dolores (28 de enero de 1928).

¿Qué significado tiene esta aislada confesión en medio de las innumerables contradicciones d'halmarianas? Puede parecer la declaración de un convertido al fin del peregrinaje; puede ser el entusiasta y fervoroso sentimiento de un día que, estimulado por la monumentalidad de la alta catedral, se siente atraído a volver al “solar de la raza”, es decir, la fe cristiana que es la casa donde siempre debe volver todo descendiente de castellanos viejos; puede ser uno más de los arrebatos que le vienen a D'Halmar cuando se encuentra frente a un monumento sagrado. Cualquiera sea la clave de comprensión de este texto, sí parece ser cierto que en él se expresa un sentimiento común a todo ser humano, sobre todo a los “vagamundos” como D'Halmar, y que no es otro que el que surge cada vez que se vuelve a casa, después de haber “disipado a los cuatro vientos su tesoro de semillas”: el sentimiento, la convicción casi, de que jamás se debiera haber partido. Por otro lado, de este texto se desprende una cierta visión integradora del sentir hispánico: la identidad del hombre español ha sido construida a la sombra de sus catedrales, al ritmo de sus campanas. El cristianismo subyace en él como un “casi perdido atavismo” que aflora cada vez que un estímulo grande lo concita.

Esta simpatía hacia el cristianismo no le impide ver, sin embargo, que la otra gran raigambre hispánica corresponde a su pasado islámico. Por eso, en su columna sobre Córdoba, hablando de la Catedral que los fieles cristianos incrustaron en la Mezquita de esa ciudad, destruyendo parte de ella, trata de bárbaros a sus constructores, pareciéndole que la bastedad del templo católico en medio de las delicadas columnas islámicas semejava a un “paquidermo en un palacio”:

Los cristianos, para demostrar su barbarie, enclavaron una Catedral en el corazón de la Mezquita, como en el de la Alhambra un palacio, y tan sólo Carlos V exclamó al verla: “Lo que habéis hecho se halla en todas partes, pero lo que hayáis deshecho ya no está en ninguna” (19 de mayo de 1928).

Sin embargo, en la columna que dedica a la ciudad de Santiago de Compostela, destaca esa íntima unidad de la que está hecha España y en la cual no pueden ser desconocidos ni sus componentes cristianos ni sus raíces islámicas:

Tan santa como la Ciudad Eterna, por eso llamada segunda Roma, y puesta como término de dificultades cuando se trata de vencerlas: “Revolver Roma con Santiago”; de la misma suerte que ir de la Ceca a la Meca es ir desde Córdoba hacia la cuna del islamismo y la tumba del Profeta, puesto que España aún su alta stirpe cristiana a su abolengo musulmán (8 de septiembre de 1927).

Otra temática de gran relieve en el conjunto de estas crónicas consiste en la importancia que tienen los comentarios sobre distintas artes y sus cultores; un lugar especial tienen, por supuesto, los escritores. D’Halmar retoma algunos nombres que han influido en su obra y que fueron sus autores más valorados. Los casos de Oscar Wilde, Christian Andersen y Pierre Loti son los más emblemáticos. De hecho, los tres narradores son retomados en el libro *Los 21* (1948). En *Informaciones*, D’Halmar dedica dos columnas a Andersen. La primera se titula “El buen cristiano que se llamó Cristián” (abril de 1928) y la segunda, “El constructor de juguetes” (mayo de 1930). En esta última, concluye expresando que el que había sido el niño pobre de Copenhague, el que sufrió las desventuras de una infancia limitada, termina constituyéndose en nuestro verdadero “padre espiritual”. Sus cuentos trascienden los méritos de una obra impecable y se transforman en verdadera escuela de crecimiento personal:

Nadie como él nos ha ayudado a hacer el más maravilloso de los descubrimientos: el de nuestro propio tesoro. Ninguno nos podría enseñar con palabras más simples una lección más sabia; a saber, que en una sola gota de agua se refleja la Creación entera y que todo el Universo está contenido en nuestro corazón.

Con respecto a Wilde, la segunda columna que le dedica consiste en la transcripción de la carta que éste escribió a Alfred Douglas, aquel que había terminado siendo

la causa de su desgracia. Es interesante ver cómo en ella destaca el valor del “perdón” que Wilde le ofrece como necesario para su propia paz interior y como condición de liberación humana y espiritual para aquel que lo ha ofendido:

No he escrito esta carta para llevar amargura a tu corazón, sino para arrojarla del mío. Por mí mismo he de perdonarte. No es posible conservar siempre en el corazón una víbora que se alimenta de uno mismo y levantarse cada noche para sembrar espinas en el jardín del alma. Pero ahora que me hallo sumido en la degradación y en la vergüenza, mi perdón ha de significar mucho más para ti. Yo no puedo dejarte marchar a través de la vida llevando el corazón abrumado por la carga de haber destruido un hombre como yo.

En la columna dedicada a Pierre Loti, “Loti o la casa del recuerdo” (agosto de 1929), D’Halmar lamenta el incumplimiento que el hijo del narrador exotista hizo de su promesa con respecto a la conservación de la casa que su padre había construido en vida, la cual, transformada en un verdadero acopio de colecciones valiosas, era un tesoro digno de cuidar. El descendiente de Loti, sin embargo, no resistió a la tentación de venderla, aun cuando la situación económica que le aseguraban los derechos de autor de su padre era suficiente para vivir más que dignamente por el resto de sus días. Tal conducta, en el análisis de D’Halmar, es una traición, “[y], como en todas las altas traiciones, el premio de tal felonía debe de haber sido una bolsa con treinta monedas”. Su comparación con Judas concluye con una condena similar: “¡Ahora, ahora ya puede ahorcarse en paz!”

Tras estos ejemplos, estas columnas sugieren que la matriz de lectura que rige a D’Halmar en dicho periodo no es eminentemente estética. Prevalece un ideario moral que toma elementos de varias tradiciones, lo mismo que sucede con respecto a la configuración de su mapa de creencias. De nuevo aquí el cristianismo aparece con sus valores éticos basales: perdón, fidelidad, trascendencia. Se suman los valores propios de la tradición clásica (verdad, belleza, bondad). Léase, por ejemplo, otro comentario con respecto a Andersen:

Hay que figurarse al solitario de Copenhague componiendo esos embelecocos con destreza, es decir, con experiencia; con paciencia, es decir, con bondad; es decir, con belleza, para uso de niños que venían a ser todos como hijos suyos (“El constructor de juguetes”).

A todas estas valoraciones humanas, se agrega el de la “libertad”. Así, por ejemplo, en las columnas en que destaca la superioridad de la vida del marino por sobre la del hombre de tierra, el mar constituye la amplitud de horizontes, la alegoría de un futuro sin caminos predeterminados. Para D’Halmar, esta distinción entre hombre de tierra y hombre de mar incluso es transferible a los escritores, y se convierte en categoría de crítica estética:

Algunos, muy pocos, novelistas han tratado de demarcar las fronteras de separación y conjunción de ambas humanidades; pero si eran de tierra estos escritores (V́ctor Hugo o Michelet) malgastan su criterio terrestre en baldías aproximaciones, y el de mar (como Pierre Loti o Joseph Conrad) desdeñaba iniciar a los sedentarios que vegetan sobre las exiguas partes sólidas del planeta en la manera de ser de aquellos otros mortales cuyo esṕritu fluctúa sobre la masa líquida infinita hasta confundirse con ese gaseoso fluido denominado atmósfera. (“El hombre de mar”, marzo de 1928).

Valoración análoga merecen para D’Halmar los “vagamundos, vagabundos y vagos”, palabras con que titula una columna para comentar un curioso congreso de trotamundos en Viena. Ellos, “ligeros de equipaje”, en palabras machadianas, recorren la tierra sin los apegos de la propiedad, de las deudas, e incluso las ataduras familiares o los compromisos del trabajo.

¡Qué lección ejemplar nos ofrece, aunque no sea nada más que desde el punto de vista estético, una de esas convocatorias de vagabundos! Porque mientras nosotros, los hombres civilizados y gobernados, los hombres de orden en una palabra, parecemos raquíuticos y desmedrados, ellos, los sin trabas y sin férula, no sólo son fuertes, no sólo son sanos, sino que también son bellos y, sobre todo, son alegres, habiendo conservado ese loco cascabel de la alegría, que no puede sujetarse a ningún badajo (junio de 1930).

Una variante de trotamundo parece ser el mismo cronista con la serie de columnas que hablan de sus visitas a distintas ciudades, monumentos y templos. Ávila, Santiago, Toledo, Córdoba, El Escorial, observaciones generales sobre la vida madrileña. En todo este itinerario, el autor sigue mostrándose fiel a lo que también ha sido una constante en su producción narrativa, como una voz que apunta, desde su subjetividad, a buscar en un mundo otro la propia mirada del sujeto que quiere encontrarse a sí mismo.

Solidario con los más débiles, no son pocas las alusiones que el autor hace a los diversos sufrimientos que padecen sus contemporáneos. En “El invierno de los pobres”, acusa la miseria en que viven las familias de los mineros de los yacimientos de carbón en Inglaterra; en “Hambre”, problematiza la cuestión de las desigualdades sociales entre los polos desarrollados del planeta y los grandes bolsones de pobreza que pueblan regiones enteras; en “Sufrir”, se compadece con los mutilados de guerra; en “Se ruega no hablar de la guerra”, denuncia el escándalo de “aquella siniestra parca, que con un leve movimiento de su índice cortaba, a quién sabe qué distancias, sabe Dios cuántas existencias en flor...” (mayo de 1928). Del mismo modo, con irónica indignación, denuncia la crueldad y la eventual injusticia al mismo tiempo que la segura inhumanidad de la pena capital; en su columna “Ejecutor de la Justicia”, va desde la guillotina hasta la silla eléctrica, revisando la figura penal del “verdugo”.

Avanzado en muchos aspectos, como se observa en las columnas recién citadas, D'Halmar incluso releva el respeto a los animales, en particular, a los gatos. Al parecer, cuanto más el hombre comprende y conoce los animales, mayor es su crecimiento en humanidad y conciencia, y, viceversa, al rechazarlos, desmiente su aparente urbanidad y civilidad:

Gentes razonables y discretas solían desatinar lamentablemente al tratarse de gatos. Había quien los odiaba; había hasta quien se los comía; los niños, por instinto perruno, los acosaban. Sin embargo, fueron bestias sagradas en todas las viejas religiones. Desde el comienzo de los siglos perpetuaban en toda la tierra, y sin degenerar en lo más mínimo, su protocolo de distinción y sus pulcras tradiciones. Nacieron tigres, cuando el hombre era un salvaje completo, y cuando seguía siéndolo a medias llegaron a convertirse nada menos que en gatos, ¡la cúspide de la escala zoológica! (“El seráfico padre de los mininos”. Febrero de 1927).

En el relato d'halmariano, este comentario lo hacía un hombre sencillo que dedicaba su tiempo a cuidar gatos callejeros y que lo convertía en un verdadero San Francisco, reconocido por su cercanía a las criaturas de la naturaleza.

No obstante, si hay hombres que pueden evolucionar al punto de no hacer daño a sus semejantes y hacerse amigos de los animales, sin duda, la evidencia de la máxima evolución humana es la amistad entre dos hombres. Tal es el caso de los dos guardianes de un faro; ambos debían alternarse a tiempos iguales en el cuidado de la torre:

Vivían solos él y el otro torrero, en una soledad de dos en compañía, de la cual nada puede darnos idea, alternándose en el servicio y no encontrándose sino cuando el uno subía a la torre y bajaba el otro. Eran como los dos cubos que extraen agua de un pozo, y que mientras uno desciende vacío el otro asciende pleno, y que, a pesar de contrapesarse, no han de verse nunca juntos. Así los vestales del faro (“El torrero”. Agosto de 1927).

Saturada de misterio, esta última crónica comentada viene a tocar uno de los temas más recurrentes en la prosa d'halmariana: la amistad entre hombres. En *La lámpara en el molino* (1906), había hablado de un forastero que llegaba a la casa donde vivían dos hermanos (Lot y Germana); después de haber intentado un amor con Germana y después de haber muerto ella, finalmente el forastero y Lot quedan juntos, como discípulo y maestro, viviendo en un equilibrio casi inmaterial. En *La lámpara en el molino* (1918), la amistad se da entre el personaje-autor (D'Halmar) y su joven amigo y asistente (Zahir); entre ambos se da un amor sublimado y espiritual que toca los límites del homoerotismo, produciendo dolor y desgarramiento; en *La pasión y muerte del cura Deusto* (1924), la amistad llega a ser amor y deseo entre dos hombres, pero, al mismo tiempo, prohibición y condena. En la crónica de 1927, “El

torrero”, la idealización de una relación entre dos hombres aparece elevada al símbolo máximo, conjugando cercanía y distancia con la mutua necesidad que ambos tienen; el no poder vivir sin el otro y el no poder conversar ni encontrarse jamás. Todo se resuelve finalmente en la entrega del uno al otro, en función de un trabajo que consiste en mantener encendida la luz del faro, así como la lámpara de aquel relato de 1906 siempre vigilaba con su luz el movimiento del molino.

CONCLUSIONES

Es difícil sintetizar la cantidad de preocupaciones que se advierten en las columnas que durante años escribió Augusto D’Halmar en el periódico *Informaciones*, en Madrid. Sí es factible notar que ellas reflejan el espíritu de un hombre impregnado de un ambiente cultural en donde realmente se encontró a sí mismo. D’Halmar, en estas columnas, se muestra, al mismo tiempo, profundamente español, por cuanto sensible y auténtico con respecto a sus percepciones de la que ha hecho su patria verdadera, y decididamente universal, por el alcance que tienen su mirada, sus preocupaciones, sus viajes. Siendo un “marinero en tierra”, como diría Alberti, aun sintiéndose en Madrid a sus anchas, su espíritu no ha puesto anclas a su capacidad de mirar como “hombre de mar”.

La propuesta temática de estas columnas, aunque múltiple y variopinta, no deja de tener varias claves desde las cuales se las puede leer como un ideario humanista que procede de la herencia cristiana y musulmana de la España medieval y acrecentada con la lectura de poetas, sabios, novelistas, enriquecida con visitas a ciudades, monumentos y templos. D’Halmar se presenta como un sujeto abierto a múltiples influencias. Tiene un olfato maduro para rechazar lo que no le conviene y para manifestar con claridad su opinión frente a los aspectos condenables de la cultura en que vive. Como hombre moderno es, al mismo tiempo, crítico de la modernidad. Como un Quijote contemporáneo, prepara su lanza contra los barbarismos de la sociedad civilizada, la cual produce guerras, hambres, desequilibrios económicos y mendigos por doquier. Como contraparte, se presenta como un híbrido nacido de muchas lecturas y doctrinas, como si intentara armar con todas ellas una estrategia para vivir bien en medio del siglo XX.

Después de revisar algunas líneas temáticas claves (muerte, religión, valores, libertad, solidaridad), culmina este artículo destacando dos aspectos relevantes. A saber, su amor por los animales y la superioridad zoológica que ve en ellos, especialmente en los gatos, y su valoración por la amistad desprendida, silenciosa, en donde todas las huellas del sensualismo homoerótico de sus novelas parecieran haber desaparecido o, al menos, haberse sublimado. Mientras se vive, mientras se espera traspasar “la puerta hermética”, que es la muerte, es posible todavía encontrar, entre la espesura enigmática de una amistad como la de los dos torreros, una alegría ascética y esencial, en donde no hay verdugos ni hambre ni sufrimiento ni sometimiento ni miseria. Sostengo

que este es el momento en que estas columnas tocan ligeramente la línea central de lectura de las obras de D'Halmar. En efecto, desde *La lámpara en el molino* (1906) hasta *Informaciones*, la amistad masculina es su gran tema. Esa dimensión relacional termina resolviéndose en una suerte de convivencia monástica “de a dos”, como la suma perfección de un amor que supera el conflicto de la genitalidad homoerótica y que, al mismo tiempo, da una oportunidad para que este tipo de amistad no termine en separación como en *La sombra del humo en el espejo*, o en tragedia, como en *Pasión y muerte del cura Deusto*.

BIBLIOGRAFÍA

- D'Halmar, Augusto. Columnas publicadas en *Informaciones*. Madrid: 1926-1930.
- Espinoza, Enrique. “El hermano errante”. Prólogo de *Antología de Augusto D'Halmar*. Santiago: Zig-Zag, 1963.
- Guardiola, A. “Los nuevos valores literarios de España. Augusto D'Halmar”. Entrevista en *Cromos*: Bogotá, 6 de septiembre de 1930.
- Martínez, Juana. “Chilenos en Madrid. Augusto D'Halmar”. En *Anales de la literatura chilena* 5. (2004):45-60.
- Seoane, María Cruz. *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1896-1936*. Madrid: Alianza Editorial, S. A., 84-206-8178-4/Tomo 3. (1996, 1998).

ANEXO:

Organización de una antología de columnas para publicación en trámite

I. ARTES Y LETRAS

Loti y la Casa del Recuerdo	8 de agosto de 1929
El Aniversario de Oscar Wilde	24 de diciembre de 1926
La epístola póstuma de Wilde a Douglas	13 de julio de 1928
El buen cristiano que se llamó Cristián (Sobre Cristián Andersen)	07 de abril de 1928
El constructor de juguetes (Sobre Cristián Andersen II)	07 de mayo de 1930
El mantillo en el vergel da más néctar a las flores y más fragancia a la miel	Viernes 2 de noviembre de 1928
Con la complicidad de muchos (Sobre <i>Ana Karenina</i>) [Colette]	12 de noviembre de 1928
“Casa de muñecas”, en la Turquía de los Serrallos	12 de mayo de 1928
Anecdotario de Anatole France	08 de mayo de 1928
El último paseo de Goya en Burdeos	26 de abril de 1928
La lectura es un arte	15 de diciembre de 1927

La influencia del cine	17 de noviembre de 1928
Las artes del fuego [La cerámica]	5 de julio de 1928
La última mano del albayalde	29 de marzo de 1928
Intermedio cómico	24 de marzo de 1928
Responso a un muerto viviente	8 de septiembre de 1930
Quién fue “la mariposa que voló sobre el mar”	3 de febrero de 1927
Una mala película real	17 de julio de 1930
II. VIAJES Y LUGARES	
El hombre del mar	09 de marzo de 1928
Vagamundos, vagabundos y vagos	17 de Junio de 1930
Las ciudades capitales	21 de julio de 1928
La catedral toledana	28 de enero de 1928
Santiago	08 de septiembre de 1927
Córdoba, o la ciudad donde se pone el sol	19 de mayo de 1928
Ávila	20 de septiembre de 1927
El monasterio y el monje [El Escorial I]	05 de enero de 1928
El monje y el monasterio [El Escorial II]	Miércoles 11 de enero de 1928
Las huellas franciscanas en España	18 de agosto de 1928
Como acabó el cuento de nunca acabar	9 de junio de 1928
El Príncipe Indio en Madrid	18 de mayo de 1927
Los ruidos de Madrid	24 de febrero de 1927
Siluetas del Españolito (Nombre de un café madrileño)	5 de abril de 1927
El niño – Buda	6 de junio de 1927
III. CRÓNICAS VARIAS	
La fama y la celebridad	Lunes 13 de agosto de 1928
La gracia y la cursilería	26 de noviembre de 1928
Hambre	5 de septiembre de 1927
Sufrir	27 de junio de 1927
El invierno de los pobres	27 de diciembre de 1928
“Se ruega no hablar de guerra”	8 de mayo de 1928
Los niños y la muerte	07 de Julio de 1928

Ejecutor de la Justicia	11 de noviembre de 1929
Del otro lado del río	8 de noviembre de 1928
El seráfico padre de los mininos	15 de febrero de 1927
La puerta hermética [Sobre la muerte]	08 de abril de 1928
El Mes de las Ánimas	2 de noviembre de 1927
Emperador y místico	19 de febrero de 1930
En la muerte del Emperador desconocido	4 de enero de 1927
El fluido humano	14 de febrero de 1930
Los enterrados vivos	10 de marzo de 1927
Un drama pobre	28 de marzo de 1927
Un veterano de la Santa Rusia	23 de febrero de 1928
Vino nuevo en odres viejos	2 de junio de 1927
Testamentos excéntricos	27 de marzo de 1930
La moraleja del pánico de Wall – Street	16 de noviembre de 1929
El torrero	27 de agosto de 1927
Augurios y corazonadas	9 de octubre de 1928